

UNA REGLA QUE VALE ORO

Jesús nos da una regla de oro: *"Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes"*, (Lc. 6:31).

Es una regla que vale oro, es la base de todas las relaciones interpersonales, pero muy poco aplicada por los seres humanos.

Es curioso porque todos queremos ser tratados bien, con respeto, sin embargo no siempre tratamos bien a los demás.

Con mucha liviandad hablamos mal de los demás o los calumniamos, pero nos duele hondo cuando hablan mal de nosotros o nos calumnian.

Emitimos opiniones que desvalorizan o ponen en ridículo a los hijos ajenos, pero nos sentimos agredidos cuando escuchamos comentarios de la misma índole sobre los nuestros.

No siempre somos honestos en los negocios, en los precios, en el cambio, en el trabajo realizado, sin embargo nos sentimos engañados si hacen lo mismo con nosotros.

No siempre decimos la verdad, es decir mentimos, pero nos sentimos traicionados en nuestra confianza si nos mienten.

El hombre con facilidad traiciona a la esposa o a la novia, pero pretende que la esposa sea fiel y que la novia llegue virgen al matrimonio; sin embargo ambos deberían ser castos hasta el matrimonio. El hombre se siente muy humillado si la mujer lo traiciona con otro, olvidándose que la mujer tiene el mismo derecho y que ambos tienen la misma obligación de ser fieles uno al otro.

Somos mezquinos con los demás, pero nos ofendemos si alguien nos niega su ayuda o no nos presta algo.

Muy pocas veces reconocemos los méritos de los demás, reconociendo y admirando su trabajo y capacidad, pero nos sentimos heridos si no reconocen nuestro esfuerzo y sacrificio y por este motivo bajamos los brazos.

Nunca invitamos a alguien a nuestra casa o a nuestras fiestas, pero nos sentimos rechazados si no nos invitan a las bodas o a las fiestas de cumpleaños.

No siempre respetamos los derechos ajenos, quemamos basura que llenan de humo las casas vecinas, ponemos música a decibeles elevados, nuestros perros ensucian la vereda de los vecinos, pero ponemos el grito en el cielo si hacen lo mismo con nosotros.

La preciosa costanera de Posadas pierde su encanto por la cantidad de envases plásticos y residuos que arrojamamos en la vereda y en el río,

contaminación que perdurará muchos siglos, sin embargo no nos gustaría que arrojen toda esa basura en nuestro patio, pozo de agua o pileta de natación.

No visitamos a nadie, ni a enfermos ni a sanos, sin embargo pretendemos que nos visiten y se interesen por nosotros.

Pedir perdón a alguien, no es parte de nuestra agenda, pero exigimos que los demás nos pidan perdón.

Somos irónicos y burlones en nuestros comentarios o bromas, especialmente sobre el aspecto físico de los demás, (gordo, delgado, etc) pero nos duele si se burlan de nosotros o ríen a nuestra costa.

Todos queremos ser queridos, amados, pero sin embargo no siempre amamos a todos.

Es llamativo el proceder del ser humano, que desea para sí lo que no brinda al prójimo, pretende cosechar lo que no siembra.

En la vida todo vuelve, como una pelota lanzada contra una pared, rebota y regresa a su dueño. Así todo lo que sembramos, el bien y el mal, tarde o temprano regresa a nosotros.

La Palabra de Dios dice: *"No se engañen: nadie se burla de Dios. Se recoge lo que se siembra"*, (Gal. 6:7). Jesús nos da la llave que abre el cofre de la paz y bienestar: *"Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes (...) porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes"*, (Lc. 6:38).